

Cabrera, Daniel H. (Coord.) (2019). *Cosas confusas: comprender las tecnologías y la comunicación*. Valencia: Tirant Humanidades, 315 páginas.

Javier del Rey Morató<sup>1</sup>

El libro que coordina Daniel H. Cabrera, Profesor Titular del Área de Periodismo de la Universidad de Zaragoza, reúne distintos enfoques sobre las tecnologías que han producido el fenómeno de la sociedad digital. El objetivo de la obra es pensar la tecnología y la cultura en una sociedad de internautas, y el profesor lo consigue reuniendo diversos enfoques redactados por veinte investigadores de Alemania, Argentina, Brasil, Chile, Cabo Verde, España y México.

El libro está vertebrado en una Introducción, cinco partes, doce capítulos –más tres textos finales del filósofo Vilém Flusser-, en los que desfilan perspectivas de análisis procedentes de la filosofía, de la sociología, del periodismo y de la comunicación.

En el capítulo 1 –*Lo textil como repensar la comunicación/tecnología-*, el profesor Cabrera postula el imaginario textil como “*posibilidad para un campo de reflexión sobre el fenómeno de la comunicación y su relación con la tecnología*” (p. 35), porque “*lo textil se encuentra en el cruce de la pregunta por el sentido de la técnica y de la escritura*” (Ibidem).

El autor entiende lo textil como “*tramado de la técnica y `escritura`, porque lo textil sigue hablando de lo que es la comunicación sin llegar a convertirse en un saber explícito*” (p. 38).

Y escribe que en la Grecia clásica, si la oralidad masculina tuvo su teoría de la comunicación en la Retórica, lo textil se manifiesta como actividad femenina. El autor recoge las opiniones de Leroi-Gourhan y de Sennett, para detenerse en Hannah Arendt, y su distinción entre *Animal laborans* y *Homo faber*: el primero es un siervo del trabajo, el segundo produce una vida en común. Porque “tejer” no es solo una actividad manual: es también –como dice la profesora Angulo-, un proceso de pensamiento, una herramienta para desarrollar habilidades intelectuales, y ese tejer femenino es entendido como una red de cooperación.

En el capítulo 2 –*Mujeres, medios y tecnología: Humanidades digitales para componer un corpus de escritoras-*, Natalia Corbellini (Universidad Nacional de La Plata, Argentina) y María Angulo Egea (Universidad de Zaragoza), proponen una reflexión sobre las escritoras en el contexto actual de “*efervescencia del feminismo*” (p. 50).

Las investigadoras pasan revista a la tradición y genealogía de las mujeres en la prensa española y –de la mano de autoras como Marta Sanz o Elvira Lindo-, recogen la descalificación que algunos han hecho de las feministas. Con la llegada de las humanidades digitales –lugar de convergencia de las humanidades y la informática-, fue posible escribir “*la historia de la cultura que integre la escritura de mujeres leída con sus condiciones materiales de existencia*” (p. 58).

En los últimos años del siglo XX la prensa española se abrió a la escritura femenina, pero no por ello resolvió el problema de la falta de reconocimiento a las autoras en el campo de la literatura: se les reconoce la capacidad de escribir novelas comerciales, pero no “literatura”.

*In other words*: literatura de mujeres, pero no alta literatura. Las autoras toman nota de un fenómeno que irrumpe y empieza a cambiar las cosas en lo que al protagonismo de las mujeres en la escritura se refiere: “*la escritura en prensa, en formato breve y accesible, juega un papel fundamental para intervenir en el campo de producción cultural*” (p. 61).

En el capítulo 3 –*Mediatización, Imaginarios y Tecnologías: las políticas de los archivos-*, Víctor Silva Echeto (Universidad de Zaragoza), parte de André Malraux como referencia a partir de la cual nos acercamos a una antropología y una arqueología de las imágenes, un poderoso *Museo imaginario* que alberga “*un poderoso archivo de imágenes, imaginarios e imaginaciones*” (p. 78).

A partir de Jacques Derrida el autor hace una crítica de la concesión clásica de “comunicación”, expone la diferencia entre mediación y mediatización, y se refiere a “*las tecnologías, imaginarios y comunicación como archivos aporéticos*” (p. 87), en los que la cultura tiene como vecino de archivo informes de la CIA sobre el control de algunas manifestaciones culturales: Michel Foucault, Louis Althusser, Roland Barthes, Jean Paul Sartre fueron investigados por la agencia norteamericana, y sus informes forman parte de los archivos en los que se conserva y se transmite el museo imaginario o la memoria del mundo.

En el capítulo 4 –*El software libre como infraestructura en la esfera pública. Reflexión propuesta sobre cinco herramientas para la deliberación, el con-*

<sup>1</sup> Ex profesor de la Universidad Complutense y del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset de Madrid, Buenos Aires, México y Toluca.

*senso y la producción cultural*-, Dafne Calvo, Eva Campos (Universidad de Valladolid) y Marta Álvarez (LAV, España), presentan un trabajo en el que las nuevas tecnologías no son concebidas como herramientas neutras, y proponen un software libre como herramienta capaz de impulsar y sostener la esfera pública y –siguiendo a Castells, Coleman, Rowan y Sampedro-Blanco-, “*conservar una autonomía, entendida como el espacio de libertad sin dominio del estado y/o corporaciones privadas, y trabajar al tiempo por el beneficio común*” (p. 91).

Las autoras –siguiendo a Stallman-, entienden por software libre “*la libertad de los usuarios para ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, cambiar y mejorar el software*” (Ibídem), que hace posible la conversión del internauta-consumidor en sujeto activo, que busca más la cooperación que la explotación comercial de los contenidos que circulan por la Red.

Las investigadoras proponen alternativas para la toma de decisiones (*Loomio*), el debate a raves de marcadores sociales (*Reddit*), el servicio de mensajería instantánea (*Riot*), el alojamiento de proyectos de código abierto (*GitHub*) y la retransmisión de voz y vídeo (*Ring*). Pero no marginan la duda sobre si el software libre consigue crear esfera pública, pues –para no defraudar las expectativas que genera-, tendría que superar algunos retos que la autoras analizan en el cierre de este capítulo.

En el capítulo 5 –*La universidad fragmentaria. conocimiento, técnica y política en el mundo contemporáneo*- Javier Blanco (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y María Luz Ruffini (Universidad Nacional de Villa María, Argentina), abren su propuesta con un planteamiento en el que cultura y tecnología exigen la inclusión de la técnica en el pensamiento humanístico.

Siguiendo a Bernard Stiegler, postulan la necesidad de una antropogénesis de sostén tecnológico, toda vez que “*lo que se halla en la base de la forma técnica en la cual vivimos es nuestra manera de exteriorizar la memoria*” (p. 104), en un proceso en el que destacan tres momentos: la revolución industrial (1), la revolución analógica (2) y la revolución digital (3).

Los autores denuncian la separación espuria entre cultura y técnica, afirmar que uno de los indicios significativos del cambio de época “*se produce con la aparición de Internet*” (p. 111), los autores proponen pensar la universidad como “*un espacio disruptivo*” (p. 119).

En el capítulo 6 –*Educación Tecnologías de la Información y Comunicación. técnica y Autonomía para la Inclusión Social*-, de Ana María Valle Vázquez y Marco A. Jiménez (UNAM, México), proponen una aproximación conceptual a la tecnología que sitúe a la técnica como “*el motivo para intentar comprender no solamente a los dispositivos tecnológicos y a sus aplicaciones educativas, sino sobre todo para observar el conjunto histórico social en el que se ubica*” (127).

Los investigadores analizan –con Heidegger – la técnica como un hacer del hombre–el vínculo entre autonomía, las TIC y la educación, y la relación entre las TIC y la inclusión social. Entienden la técnica como bisagra que vincula la educación y las TIC, y afirman que “*las TIC son técnicas instrumentales, en tanto son medios para obtener fines, y son técnicas antropológicas, porque son formas de hacer del hombre*” (p. 143), enunciado claramente heideggeriano.

En el capítulo 7 –*Vida cotidiana, redes sociales digitales y juventudes universitarias*-, Fernando de Jesús Domínguez y Rocío López (Universidad Veracruzana, México), se apoyan en un estudio de caso realizado con un grupo de jóvenes mexicanos de la Universidad Veracruzana, para conocer cómo se relacionan con el mundo digital.

Los autores se basaron en conceptos de Schutz: acervo de conocimiento a mano, mundo cultural, mundo de interacción, intersubjetividad y significatividad. Y advierten de “*la parte oscura*” de la red, “*al ser la nueva forma de industria cultural de la sociedad contemporánea, calificada como la sociedad red*” (pp. 161-162).

En el capítulo 8 –*Los sueños de la innovación producen espejismos*- de José Antonio Hernanz (Universidad Veracruzana, México) analiza el enfoque de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS+i), destaca que “*la ciencia y la tecnología constituyen (...) el sistema de mayor impacto en la transformación de las sociedades humanas (...) quizás de la última centuria*” (p. 169).

El autor considera que “*una de las preocupaciones fundamentales de las sociedades contemporáneas (...) es entretejer la propia dinámica de esta economía con las necesidades sociales*” (pp. 181-182), para consolidar una relación virtuosa entre la producción del conocimiento, su aplicación y su distribución.

En el capítulo 9 –*Tecnologías de la Información, una mirada global desde Chile austral*-, de Álvaro Elgueta (Universidad de Cabo Verde), Raymond Colloe Poincare (Pontificia Universidad Católica de Chile), y Javier Martínez (Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile), vuelven sobre las cuestiones estudiadas en el capítulo anterior. Parten de la noción de “*modernidad líquida*” (Bauman), de Lipovetsky (*La era del vacío*) y de Weber, para llegar a Pakka Himanen y la ética del hacker.

Himanen habla de la creencia de que “*la información constituye un extraordinario bien, que además para ellos es un deber de naturaleza ética compartir su competencia y pericia elaborando un software gratuito*” (p. 191).

El trabajo plantea el desafío que supone la privacidad de los datos que circulan por la red, el acceso igualitario a dichos recursos, la alfabetización digital, la comercialización o el negocio que generan estas tecnologías.

En el capítulo 10 –*El fenómeno de la técnica en la era de la información*-, Liza Paz Rodríguez (Univer-

sidad de Zaragoza) parte de Heidegger, para poner el acento, no en el progreso tecnológico en sí mismo, pues lo inquietante es no entender el tipo de transformación que o está haciendo posible, y que el ser humano no sea consciente de ello.

La autora recuerda que Heidegger parte de una visión no instrumental de la técnica, que analiza desde una perspectiva ontológica. El enfoque del filósofo nos lleva a entender la técnica como el fenómeno que define nuestra época. Heidegger entenderá que el peligro no es tanto el progreso tecnológico como ignorar su esencia. La técnica es nuestro destino, y Heidegger dirá que el hombre se ha convertido en un “*empleado de la técnica*” (p. 219).

Una cuestión asalta al lector al final de este trabajo: si el peligro no es usar los objetos técnicos, sino el caer en una relación de servidumbre en nuestra relación con ellos, tal vez eso nos aboca a definirnos como siervos de los mass media

En el capítulo 11 –*La hermenéutica frente al desafío de la técnica digital*–, Rafael Capurro (Universidad de Pretoria, Sudáfrica), parte de la constatación de que “*vivimos en sociedades basadas de redes digitales de comunicación, popularizadas y globalizadas*” (p. 232), y afirma que la hermenéutica en el siglo XXI, tras pasar por diversos autores –Habermas, Popper, Rorty, Derrida, Ricoeur, Lacan, Badiou, Foucault y Vattimo–, enfrenta el desafío de la técnica digital, hacia una hermenéutica que podría llamarse digital.

Esa hermenéutica digital tiene un carácter ético. El autor recuerda que la ética se ocupa sobre todo de una pregunta –¿quién soy?–, y ese “soy” no solo supone autorreflexión del sujeto que asume la responsabilidad moral sobre su vida, sino la autorreflexión de un grupo, un estado y, actualmente, a nivel global.

Capurro concluye su reflexión afirmando que “*la tarea ética de la hermenéutica consiste en preguntarnos quiénes somos global y localmente en el horizonte de culturas digitales*” (p. 250).

En el capítulo 12 –*El discurso de conmemoración “Serenidad” de Martin Heidegger: sobre la esencia de la tecnología, el habitar y el pensamiento*–, Alfred Denker (Archivo Heidegger Messkirch, Alemania) analiza el discurso que Heidegger pronunció en Messkirch, el 30 de octubre de 1955, del que destaca estas palabras: “*La falta de pensamiento es un huésped inquietante que en el mundo de hoy entra y sale de todas partes*” (p. 257).

El nihilismo y la predominancia de la tecnología constituyen la condición de posibilidad de Auschwitz. Y nada impide al lector pensar que las tecnologías de la comunicación algo hacen con nosotros, pues, como dice el filósofo –y recuerda Denker–, “*el poder oculto en la técnica moderna determina la relación del hombre con lo que es*” (p. 266).

El libro se cierra con un apartado –*Vilém Flusser: artefacto y comunicación*–, tres textos sobre la comunicación, la tecnología y la condición humana. Flusser sorprende con alguno de sus enunciados –dice que

“*la comunicación humana es un proceso artificial*” (p. 283), lo cual es harto discutible, porque artificios pueden ser los soportes físicos, pero no ella misma.

Y tampoco parece cierto que con un saber tan precario “*acerca de la soledad y de falta de sentido, no se puede vivir*” (p. 284). Nicolai Hartman argumenta que se puede vivir con ausencia de sentido, pero no hay que confundir la falta de sentido con el sinsentido, que sí es insoportable.

Es más: la ausencia de sentido es la condición de la libertad, porque un mundo henchido de sentido no admitiría buscar el sentido de la vida, o –algo más modesto–, el sentido de la vida de uno. En un mundo así, el hombre quedaría eximido de buscar el sentido. Y Karl Popper dirá que la historia no tiene sentido, pero nosotros podemos dárselo: la tarea de construir sociedades abiertas puede compendiar ese sentido.

A propósito de esto sí tiene interés lo que dice Flusser: nuestra primera meta es hacer que “*el mundo sea como debe ser, y deje de ser como era*” (p. 290). En estos tiempos de tribulación, de desabrimiento y de incertidumbre, esa meta es todo nuestro quehacer.

Y en este quehacer algo tiene que decir el tercer texto de Flusser, con el que concluye el libro: en unas líneas que acusan la influencia de la teoría matemática de la información (Claude E. Shannon y Warren Weaver), de la cibernética (Norbert Wiener) y de la teoría de los juegos (John von Neumann y Oskar Morgenstern), el filósofo checo-brasileño reflexiona sobre la noción de “juego” –algo que es propio del *homo ludens*–, y sobre la que han reflexionado Hui-zinga, Gadamer, Schiller, Nietzsche y Wittgenstein.

El hombre juega, “*el juego es su respuesta a la seriedad cretina de la vida y de la muerte*” (p. 303), y –añade–, “*en eso se distingue de los aparatos que creó en el curso de sus juegos*” (pp. 303-304).

En ese quehacer se compendia y resuelve el qué hacer, porque el hombre es lo uno y lo otro: un quehacer al que le urge una respuesta al previo qué hacer. El juego de signos empezó precisamente con una cultura (Uruk, Mesopotamia) que engendró una primitiva técnica (escritura cuneiforme), multiplicadora de la memoria humana, origen de las postreras y sofisticadas tecnologías de nuestros días, y que reveló ser la más compleja que se haya inventado jamás.

Ese juego irrumpió hace seis mil años. Y prosigue cada día. El lector que se asoma a este libro participa del juego: estas *cosas confusas, la comunicación, la tecnología y la condición humana*, se encuentran en sus páginas.

Como escribe el coordinador en la Introducción, “*este libro se propone como un aporte a la necesaria, urgente y siempre novedosa tarea de comprender las tecnologías*” (28).

Y ese juego –el diálogo entre esas *cosas confusas*– atraviesa las biografías, las pesadillas, las generaciones, la astuta invención de los dioses, las novelas, las teorías, las *efímeras pirámides* (Borges), el precario prestigio de las estatuas ecuestres, la egipcia imposura de los obeliscos, la fatiga de los siglos repletiendo

siempre las mismas historias, las revoluciones y sus grandes cementerios, la inútil acumulación de los milenios, la insomne y multitudinaria muchedumbre de

los muertos, y esa página en blanco, la escritura que un día tendrá su gacetillero: el incierto futuro *—no man's land, land with no one—*, en el que ya no estaremos.